

V. Blasco Ibáñez

El gran Sorolla

(*El Pueblo*, 9-6-1900 [reimpr. 12-8-1923]; *La Verdad* [Tortosa], 12-6-1900; *El Orzán*, 16-8-1923)

El verano pasado, los hueros burgueses que vegetan en las blancas alquerías del Cabañal, veían al anochecer llegar a su casa con la cara cocida por el sol, el sombrerito de paja echado atrás y abierto el cuello de la camisa sobre una guerrera de lienzo crudo, abotonada militarmente, a un joven de mediana estatura, de barba rala y ojillos un tanto oblicuos que le daban el aspecto delicado y dulce de uno de esos príncipes japoneses vestidos a la europea.

—¡Ahí va el *retratiste!* —gritaba la pillería de la calle, los gatos de barca que jugaban sobre el barro antediluviano y pestilente del Cabañal.

—Ese es el pintor Sorolla —indicaba algún papá tendido en la mecedora a la puerta de la alquería mostrándolo a la curiosidad de los grupos de trajes claros que pasean por las aceras coqueteando con los veraneante.

Y efectivamente, era Sorolla que llegaba a su casa después de diez horas de trabajo en la playa, a cielo libre, desafiando al rabioso sol.

Hay sin duda una Providencia que vela por los grandes artistas, y ese sol que todos los veranos mata a algún trabajador del campo, todavía no ha podido con Sorolla, valeroso soldado de la pintura que, como si fuera una salamandra, se pasa el día entero entre la arena que echa fuego y el cielo que vomita llamas; sin quitasol, porque su sombra podría modificar la visión clara y precisa de la luz y los objetos, sin otro abrigo que la minúscula ala de su sombrero, pinta, olvidado de todo, embriagado con la hermosura de la naturaleza a la misma hora en que las calles quedan desiertas, la vida parece suspenderse y aterrados por el calor insufrible nos refugiamos en los rincones más húmedos y oscuros.

En la puerta de su casa le esperaban su buena y simpática mujer, sus niños que le abrazaban las piernas, y apenas arrojaba el sombrero sobre la mesa del comedor, salía de la sombra algún viejo arrugado y tostado con el gorro de marinero: el modelo que estaba esperándole.

Y por no perder tiempo, por no hacer esperar al tío Toni, al tío Lluís, o al que fuese el modelo de turno, Sorolla, que no puede vivir sin pintar, encendía en seguida la luz y comenzaba inmediatamente su trabajo de acuarela. Total, catorce horas de labor; y esto un día y otro día, no con la asiduidad automática del que se esfuerza por la vida o por la gloria, sino con el fervor y el entusiasmo del sacerdote que realiza las más sublimes funciones de su culto.

Así ha producido Sorolla sus más célebres obras; aquel cuadro de los toros arrastrando la barca, que hoy figura en el Museo del Luxemburgo, donde son muy contados los artistas extranjeros que logran entrar, y sus últimas obras que acaban, de merecer la medalla de honor en la Exposición de París, triunfo tan grandioso, completo y universal, que únicamente puede compararse con el que alcanzó Rosales.

Nada he de decir de esas obras que tan alto han puesto su nombre y el de España ante todas las naciones de la tierra representadas en París por sus artistas. Estaban frescas las últimas pinceladas del cuadro titulado por unos *Triste herencia* y por otros, *Los hijos del placer*, cuando en estas mismas columnas se profetizaba exactamente el triunfo de París. Como Sorolla no creía en el cuadro y, después de bosquejarlo, no encontrándole de su gusto, se negaba a salir adelante; hasta que una noche cenando en el Grao, Sorolla, Castrovido y yo, entusiasmados por la idea de la obra, logramos convencerle de que debía terminarla para conquistar con ella ese París que se rinde muy pocas veces a eminencias extranjeras.

Sorolla ha triunfado, y rodeado de su aureola de gloria, sigue cual siempre: sencillo y modesto, como un ser que desea pasar inadvertido, grande en sus obras, como un maestro ilustre en el que no causara mella el tiempo y que ha de llenar un capítulo de la historia de la pintura,

Unido a Sorolla por la admiración, por la amistad fraternal y por la comunidad de ideales, siento cierta timidez al elogiarle, como si se tratase de alguien de mi familia. Pero cuanto pudiera yo decir, lo dijo mejor y más concisamente Mariano de Cavia.

Era a principios del pasado invierno. Sorolla me había enviado al Congreso una de sus originales cartas de artista: una cartulina escrita con el pincel. Rompiendo con sus costumbres de trabajador infatigable que no sabe vivir fuera de su estudio y su familia, íbamos a comer juntos aquella noche: pretexto para alejarse un millón de leguas de la política, de las discusiones parlamentarias, de todas las miserias de la vida vulgar, dándonos un paseo, de unas cuantas horas, por el jardín infinito del arte, hablando de pintura, de música y de literatura. ¡Qué noche!... Nuestra comida se compuso solamente de mariscos, saboreando su gusto salino con la nostalgia de ese Mediterráneo que ha inspirado a Sorolla sus más hermosas obras, lejos del cual ni él ni yo podemos vivir. Después de pasar revista a todos los grandes artistas y expresar nuestro entusiasmo, Sorolla me hablaba de sus planes de vida. Él no ha sido de esos artistas precoces y felices a quienes sonrío el éxito desde sus primeros pasos. Ha luchado, ha conocido la pobreza; no cree además, que el ser gran artista se

demuestre con generosidades y derroches de tenor o matador de toros; además, no olvida, ni un instante, a su familia, que le rodea de un ambiente de ternura.

—Sí continúo vendiendo como hasta ahora —me decía Joaquín—, algún día tendré reunidos cuarenta o cincuenta mil duros, y entonces a vivir todo el año en el Cabañal. ¡Quieren que me traslade a París!... No, señor, al Cabañal; frente a aquel mar todo luz y poesía. Construiré en la misma orilla una gran casa, una casa de artista, y allí vendrán mis discípulos y formaremos una colonia, una escuela de pintura revolucionaria, la pintura al aire libre, sin estudios ni artificios, y tú vendrás también allí a escribir novelas... Ya verás cómo hacemos de Valencia, una Atenas.

A las doce de la noche, cansados de callejear, fuimos a ver a Cavia, que estaba convaleciente de una enfermedad. El gran pintor y Mariano no se conocían personalmente.

—Pasa, Sorolla —le dijo—; y permíteme que te hable de tú: a los genios no se les puede hablar de otra manera... ¿Con qué mano pintas? ¿Con la derecha como los demás? Pues, permíteme que te la bese.

Y con gran confusión de Sorolla, a quien turban los elogios de los artistas de valía, Mariano, en una de sus chistosas originalidades, llamó a su criado, a su ama de llaves y a otras personas de su casa.

—¿Veis a este señor tan joven? Pues, fijaos bien; después de Velázquez y del tío Goya él es quien llega. Ya estáis enterados.

No sé si los familiares de Cavia le entenderían, pero yo encontré la afirmación exacta y completa.

Sorolla es de los que pasan a la historia, personificando una época. Ni retrocede ni se detiene: cada cuadro es un paso adelante, un triunfo mayor... ¿Dónde llegará? Y yo que sigo su carrera gloriosa, como se sigue la marcha de uno de esos astros veloces que por la noche rasgan con su cola de luz el azul del ciclo, siento orgullo por los triunfos de Sorolla, como si me correspondiese algo de ellos, porque Joaquín es la personificación del pueblo valenciano.

El artista aclamado por París sigue siendo el antiguo alumno de las Escuelas de Artesanos; sus ideas y su modo de sentir son iguales a las de la gran masa valenciana. Y como si fuese una herencia de su famoso apellido, hay en él mucho de los hombres de las Germanías. Vive con la modestia de un trabajador infatigable, desprecia las pompas de la sociedad, hasta el punto de que altas damas han tenido que emprender una verdadera conquista para llevarle una sola noche a sus salones, y el amor a la tierra está tan infiltrado en sus gustos, que el mejor salón de su casa tiene por decorado pomposos naranjos pintados por él en las paredes, y sillones de madera de algarrobo con asientos de esparto fino como en las alquerías de nuestra huerta.

Sencillo, modesto e incapaz de intrigas, jamás busca los éxitos con cábalas y recomendaciones. Lo prueba su último triunfo. Envió los cuadros a París y se quedó en casa, dejando el éxito a voluntad de un jurado de extranjeros que no le conoce personalmente. Otro cualquiera iría ahora a París a saborear su triunfo; él sigue en Madrid, en su cuarto piso del Pasaje de la Alhambra, pintando, entre sus pequeñuelos, que juegan como adorables diablillos junto a los cuadros de papá y su esposa que tiene para él esos cuidados maternos tan necesarios al artista, que, ensimismado en sus concepciones, vive lejos de lo real.

El arte, al darle gloria, no hace más que cumplir un deber de gratitud. Jamás ha visto un pintor tan respetuoso con la pintura.

—¿Y tu hijo? —le pregunté un día— ¿También será pintor?

—No sé —me contestó con firmeza—, mejor quiero que sea carpintero que no un pintor mediano.